

BIBLIOTECA DE AUTOR

CRISTIAN E. PELLETIERI

La senda de Mandelbrot

EL GUARDIÁN LITERARIO

CRISTIAN E. PELLETIERI

La senda de Mandelbrot



EL GUARDIÁN LITERARIO

*Para Antonio Gabriel Segura Trimboli,
gran maestro de mi orden.
Por mostrarme la senda.*



Índice

<i>La senda de Mandelbrot</i>	11
<i>Pero el faro daba sombra</i>	83
<i>Apuntes Polaris (advenimiento)</i>	147



La senda de Mandelbrot



Primera parte

I

“Soy un juguete del destino”.

Son las cuatro de la mañana en Buenos Aires y Álvaro Jiménez retrasa el sueño a fuerza de café y tabaco, en otro de sus tantos intentos por acariciar una suerte de insomnio cada vez más lejana. Gira alrededor de la mesa y juega a inventar formas en la espuma de la taza con una cuchara. Gira en lo inevitable, jugando a que son nubes del cielo las que su boca desprende en cada nueva pitada. Álvaro lo siente, está viejo y lo sabe. Los años le han acarreado muchas tesis nuevas, muchas, ante todo la confirmación de que está viejo. Corre el año 2062.

“Soy un juguete del destino... puto Shakespeare”, piensa al tiempo que enciende otro cigarrillo —y van diez. Esta noche es de esas, él no logrará evadirla. Las noches que vienen acompañadas de aquel sueño siempre envían —previamente— emisarios, adjuntando el anuncio de una tormenta en lo onírico.

La humedad insoportable, un sudor frío por la espalda, ese extraño cúmulo de palomas sobre el balcón. Y

la sensación de vacío, más que el habitual, de un alma sofocada, de la falta de algún dios.

Hay un sueño que no se amaina en las intenciones del castigo. Hay un sueño que persiste, que revive cada noche en la humedad, el sudor frío y las palomas. Y la ausencia de un abrazo. Eso, sobre todo eso.

El sueño es más bien básico, casi gracioso. Pero su símbolo, lo que el sueño encierra, el fantasma que acapara todo ese mundo subyacente es lo que establece la mortificación del hombre. El íntimo desasosiego de Álvaro Jiménez.

Álvaro sueña que descorcha una botella de merlot de marca desconocida. Hunde su nariz en la boca de la botella e inhala poseídamente todo el vaho del encierro. Acto seguido, empinándola toma un trago seco y, luego de dejarla sobre la mesa, decide mirar dentro de la misma.

Lo primero que ve es un mar rojo y de oleaje picado. Sobre el oleaje distingue un barco testarudo, un galeón en lucha plena por no hundirse. Dentro del galeón viaja un cofre. El interior de aquel cofre alberga dos cajitas musicales. En cada una de las cajitas tres bailarinas danzan sobre cuatro compases al tiempo que cinco músicos interpretan esos cuatro compases, cada uno inmerso en una inmaculada ejecución de seis instrumentos a la vez. Cada instrumento ha sido afinado sobre una séptima de escala, y aquella séptima encuentra su eco sobre ocho salas rústicas de color bordó. Dentro de cada sala se encuentran nueve asistentes. Es entonces que sucede el prodigio.

Álvaro Jiménez se distingue sentado en una de esas salas (la tercera), formando parte de aquel público. De igual manera reconoce a su acompañante, una mujer joven, mucho más joven que él, a la que no logra verle el rostro pero que Álvaro siente y sabe muy bien quién es.

Al correlativo término de las funciones en las ocho salas, músicos y bailarinas se arriman al escenario y cortésmente ensayan una suerte de reverencia ante sus nueve asistentes, que aplauden solemnemente dicho gesto. Nueve asistentes que al salir se reúnen en un cubo perfecto y dorado que oficia como desembocadura para las ocho salas color bordó. Una sala única. De manera que los setenta y dos asistentes allí reunidos deciden brindar y celebrar por las funciones de ballet de las que han sido testigos. Por decisión unánime se dispone que sea Álvaro Jiménez quien descorche la primera botella de merlot. Entonces Álvaro accede y lo hace. Al hacerlo, al descorchar el merlot, resuelve empinarse un trago seco de vino directamente del pico de la botella y, sin saber por qué, la deposita sobre la mesa. Movido por otro acto reflejo mira dentro de ella. El sueño, entonces, vuelve a empezar.

*

No siempre tuvo Álvaro que cargar con tanta ancla en su inconsciente. Otras épocas le han visto descansar mejor, aparte de haber sabido convertirse en un antropólogo con cierto renombre a nivel mundial. Hoy se halla absorto en la vejez, aullando a una improbable luna

el hastío de una ciudad vacía (sí, vacía entre tanta gente que sabe poblarla solo de nada).

No siempre tuvo Álvaro que cargar con aquel concepto de desierto, de cuerpo deshabitado, de humo espeso de cigarro para taparse hasta la vista. Otras épocas le han visto despierto, manoteándole a la noche algún resto de caricias (sí, sin sentido, pero caricias al fin. Y eso y esto...).

Pero Álvaro es hombre, siempre lo ha sido, se lo han hecho saber desde el día aquel en que divinamente adquirió la comprensión. Y, habitante de un mundo complejo, la vida misma en su sin sentido le dio a conocer que el concepto de ser hombre es algo con lo que sí tendría que cargar hasta el último de sus días. Un concepto naturalmente ambiguo, una trampa de las tantas, atrocemente desarrollada desde el intelecto más puro y con los fines más dañinos.

Ser hombre, aceptarse como tal, laberintos sin salida en los que permanecer perdidos pareciera ser el estadio primordial.

Pero descubrirse como hombre, que no es lo mismo que serlo, actuando en forma natural y que esa forma se corresponda con lo delineado previamente para su naturaleza, es algo que no todos logran ni lograrán avistar.

Un hallazgo ajeno a los meandros del laberinto, un supraestado de conciencia en el que el ser se halla espejado, enfrentado a sí mismo, y revelando de esta manera el talismán que hace de la vista de todos su mejor escondite. Y Álvaro iba a descubrirse. Iba a comprender que

podría haber sido él mismo el arquitecto del laberinto. Porque Álvaro desea —o supo desear, y ésa es la fachada del talismán, del laberinto: el deseo. Sobre las márgenes del deseo supo el hombre erigir las gruesas paredes del laberinto que más tarde sería su condena. Los diez mandamientos, los pecados capitales, son cemento y ladrillos, el yang que diseñó para arremeter contra el ying del deseo y lo primitivo.

El laberinto, el talismán, la tangente constante. Manufactura mental de la especie más extraña y ambigua, la del hombre, que lucha contra sí en pos de no ser. O de ser otra cosa, algo más, siempre algo más.

“Vaya que nos define el laberinto —piensa amargamente Álvaro—. Tarde o temprano, aunque temprano, iba a resultarme como un hombre, deseoso por demás, avaro”. Resulta que resultó, resulta que, efectivamente, fue tarde. Tarde para volver sobre las manivelas del destino. El tiempo se apiló sobre el tiempo y entonces fue tarde. Si se pudiera dar marcha atrás, quizá entonces no la soledad...

Si acaso pudiera Álvaro volver a esa tarde en la que una senda suave sobre tierra arcillosa. Esa tarde en la que un aljibe, el sol cubriendo los matorrales, el destino, el maldito deseo de querer conocer cuanto menos un asomo leve del destino. Era el aflorar tímido de un hombre avaro.

Porque son las cuatro de la mañana en Bahía Solano, provincia del Chubut, y Álvaro Jiménez retrasa el sueño a fuerza de café y tabaco, encomendado a la exitosa

tarea de verse sumergido en las brumas del insomnio. Gira sólo en torno a una fogata y juega a proyectar sombras obtusas sobre un suelo de canto rodado. Gira en lo inevitable, jugando a que son nubes del cielo las que su boca desprende en cada nueva pitada. Álvaro lo siente, a pocos kilómetros de ahí, desde las entrañas precisas del desierto, un misterio real se yergue. Tantos años de esmerada aplicación a la antropología le han acarreado muchas tesis nuevas, muchas. Como el *ipso facto* de sus intuiciones. Persigue el rastro de un hallazgo extraño e indeterminado, perpetrado por una topógrafa francesa hace escasos cinco años, muy cerca de donde él se encuentra, cruzando un monte en dirección al este. Corre el año 2020.

ABRE PARÉNTESIS – AÑO 2015

Emma Le Gros, joven aspirante a topógrafa, recorre una vasta porción del territorio argentino. De nacionalidad francesa, oriunda de Normandía, disfruta los airados devenires que le son permitidos solo a ciertos estudiantes de intercambio, los que, como ella, poseen promedios altos en sus calificaciones. Tras una transversalidad impuesta por el parco, nefasto clima del sur, en su retorno de El Calafate se ve obligada a disponer de un cobijo momentáneo en la ciudad de Comodoro Rivadavia. Hielo y nieve sobre las rutas, calzadas peligrosas.

Cuando las ventiscas y nevazones amansan, tras dos semanas de reclusión Emma acepta la invitación de un gentil ciudadano (repcionista del hotel) para recorrer rutas costeras, playas y caletas. Durante el transcurso de aquella jornada, iniciada al amanecer y concluida cuando el sol despuntaba sobre los últimos cerros superpuestos, Emma queda estupefacta, abismada hasta más no poder frente al portento del paisaje. Concluye que nunca antes en sus cortos veinticuatro años ha percibido tamañas y exóticas composiciones de suelo y cielo. Ensimismada se dice que hallará la manera de volver para desarrollar allí la tesis que daría fin a sus estudios universitarios.

Cinco meses después, Emma se encuentra nuevamente en Comodoro Rivadavia, residiendo en el mismo hotel.

Carlos Sánchez, otrora repcionista, gracias a la simpatía heredada durante el transcurso de aquella tarde, se metamorfosea en chofer privado de Emma, cubriendo ella todos los gastos del servicio.

La ambición de Emma la lleva a adquirir, a modo de alquiler, un Jeep Wrangler Sport 3.8 MT. Debido a que estudió a la lejanía las condiciones del terreno, y dadas las limitaciones que localizó para el tránsito exitoso por ciertos caminos que dan a llanuras y alzamientos terráqueos, que es su deseo examinar, no considera una extravagancia dicha elección. Carlos aprende rápido los pormenores y las diversas tracciones del vehículo. Marcha atrás-marcha adelante, todo recae sobre el poderío de una ínfima palanca. El resto es física.

Emma hace de las carpas, la madera para el calor y la comida en lata su hábitat.

Una tarde, la segunda desde que partieron, con ayuda de Carlos ganan a pie la cima del Pico Salamanca. Pasan un tiempo ahí. Carlos le cuenta sobre viejas historias oídas en boca de sus abuelos. Historias de brujos tehuelches, onas con pieles decoradas, mapuches originarios y también sacrificios en la cima de aquel monte. Emma inhala una mística particular del aire y le confiere al viento poderes imaginarios. Bajan al crepúsculo patagón y se ocultan de la noche en su carpa.

Amanece el quinto día de expedición. Entre mate y risas dan con un chaperío abandonado. La jornada previa habían caminado trazando círculos sobre un bosque petrificado, en el que pasaron la noche.

El día uno habían partido desde el mar, más específicamente desde Caleta Córdova. Vieron a su paso deformarse el entorno, apaleando con el Jeep lo que primero fue una vastedad de terrazas para luego mutar en mesetas aplanadas, y estas pronto adoptar formas onduladas que más tarde serían sierras bajas y de bordes redondeados y pulidos. Después el Salamanca. Luego el surreal bosque petrificado.

Ahora, incluso Carlos desconoce el paradero en que se hallan.

Bajan del vehículo. Es temprano, hay sol y hace calor. Convergen en aceptar que el suelo de aquel lugar posee una textura gruesa y de un obtuso color rojizo. Emma patea un cúmulo de sedimentos, una parte la

comprende pedregosa, la otra arenosa. Toma muestras. Saca del Jeep un líquido embutido en un frasco y, prolijamente, verte la muestra de suelo en él. Remueve la mezcla, busca su anotador y escribe: “Suelo extraño, de reacción alcalina débil”.

El aire es blandamente espeso, habitado sólo por un acervo de ceniza volcánica. Se percibe el canto rodado diseminado por doquier y, por primera vez, están perdidos.

Carlos mira una mata, Emma intenta mirar su GPS, alguien los mira a ellos. Oyen un ruido. Pasa una oveja berreando. No comprenden cómo. La siguen con los ojos. Oyen un grito tras ellos, voltean. Una suerte de bípedo, un hombre de andrajosos ropajes les apunta empuñando una escopeta recortada de doble cañón.

Mala forma de empezar. El paisano habla a los gritos, ellos no le entienden nada. Se vacían los bolsillos, levantan las manos. El paisano se les acerca, escoltado por dos perros. “¡Y vo’ qué hacé acá!”, grita en la oreja de Carlos, sin dejar de apuntarle sobre el hígado. “¿Y vo’? ¿Qué andan haciendo? ¡Eh?!”, vuelve a gritar el paisano, esta vez mirando a Emma. Pero Emma llora con un naciente llanto superdotado de arrebatos, y el paisano es hombre. Nervioso se rebusca en los bolsillos. Escarbando con las uñas da con un trozo mugriento de tela. Se lo pasa a Emma. Emma no repara en la mugre, se suena los mocos y, acto seguido, tira el improvisado pañuelo con furia y bien lejos. Un perro va a buscarlo. El perro responde a su instinto. Emma prosigue con su llanto. El paisano responde a su instinto. Baja la escopeta, se rasca la cabeza, más

tarde se rasca el trasero. Carlos lo mira, nadie entiende mucho de nada. Finalmente, el paisano los olvida y sus ojos se desvían al Jeep Wrangler Sport. Dice entonces: “Que cachirulo tan lindo, eh, que cosa linda”. De esta manera, Emma y Carlos conocen a Deodato Bustos.

Deodato es puestero en la Estancia de Nadie. Cuida un árbol, algunas ovejas, dos perros y una vaca. Descendiente de una larga estirpe de puesteros (pero esto Emma lo sabría de boca de Carlos, quien apenas le entiende al viejo dos palabras de cinco), trascurrió su vida entera a la vera de aquel sitio cuyo nombre es Rocas Coloradas. Ese chaperío, brutaemente les comenta Deodato, supo contener una estancia y algunas casas. Ahí la gente vivía de la agricultura y de un manantial que pasaba. Hoy no queda nadie. Deodato es rey en un terruño olvidado.

Esa tarde ve su fin sin carpas armadas. De buena gana, Deodato improvisa una cama hecha de leña seca y cuero de oveja. No recibe visitas, nunca. Hace esfuerzos para hablar con Carlos. Deodato olvidó hace tiempo las cortesías para con el viajero. Está sólo y sus animales no hablan. Deodato rebusca en su memoria. Escarbando con las uñas mentales da con un trozo de vocablo mugriento y se lo pasa a Carlos que se lo traduce a Emma. Cae la noche sobre los párpados turistas y estos son absorbidos por sus bolsas de dormir y sueñan sobre aquello que supo ser la piel de un corderito.

Cuando en la mañana siguiente tajea Febo en forma horizontal una línea que la noche difumina desde

el cielo y hacia el mar, Emma lo recibe despierta. No ha dormido más que de a sorbos, entre ramas agujijoneando su columna y el ronquido de Carlos y el viejo. Con el primer embote de ese sol sobre retamales lejanos, sale del rancho y se interna en el baúl del Jeep. De una caja metálica de interior acolchonado y resistente a los golpes, Emma extrae un dispositivo que adquirió hace algún tiempo en Ciudad Juárez, México. Se trata de una antena Nanostation Loco M2, la cual sirve para rastrear redes de wi-fi en un radio superior a los 20 kilómetros.

Amedrenta bochornoso el desierto.

Abre todas las puertas del Jeep e instala la antena sobre el techo. Sentada en el sector del conductor abre su laptop. Encuentra señal, se conecta.

Emma detesta las incertidumbres tanto como las ama. Antes que revisar los mails, antes incluso que tomar café, decide ser prudente y consultar su localización en Google Maps. Habilita el GPS de su máquina, hace lo mismo con el celular. La imagen que en un principio le devuelve la pantalla es similar a la que han depositado los sueños en su inconsciente durante la noche anterior, aunque con una diferencia sustancial: los sueños no pasaron (rara vez lo hacen) de la barrera que los hubiera convertido en una figuración completa, quedando a la deriva, como si un reloj de arena cayera sobre el desierto.

Tras una sucesión de minutos y desarrollo de macro a micro en los píxeles, éstos le dibujan un coherente y homogéneo mapeo zonal. Emma hace zoom. Hipervincula las coordenadas 45° 35' 2" S 67° 18' 13" O con

ayuda de un *support* automático en Google Maps y metódicamente examina los resultados. El plano demora y se describe.

Carlos, Emma y el viejo, según Google Maps, se encuentran a pocos kilómetros al este del Pico Salamanca, cerca del cabo San Jorge. Su norte es un lugar llamado Bahía Solano.

Emma detesta las incertidumbres tanto como las ama. Con su dedo índice sobre el mouse da la orden de ampliar la imagen, para ver —como se les ha otorgado ver a los satélites— el techo del chaperío aquel y las circunvalaciones del terreno. El sistema retrasa la entrega, pero responde a la orden. Es entonces que sucede el prodigio.

Emma Le Gros se distingue (mentalmente, imaginariamente) sentada sobre la camioneta, vigilando y comparando lo representado en la pantalla con lo reconocible en el sitio aquel. Desconoce la fecha en que se han recopilado esas imágenes satelitales, más no elude notar que nada ha cambiado. De igual manera encuentra la casa del viejo Deodato, justo frente a ella. El árbol y lo que parece ser uno de los perros han sido igualmente alcanzados por la eterna lente espacial. Dentro de esa casa (mentalmente, imaginariamente) Emma posiciona a Carlos y al viejo. Gira alrededor de pensamientos abstractos, jugando a transfigurar la realidad del espacio y el tiempo. Gira en lo inevitable, jugando a que no hay murallas entre el tiempo presente y la imagen que frente a sus ojos yace estancada.

Traba su razón sobre el accionar del mouse. Ahora es ella quien, aéreamente, recorre en forma elíptica las delimitaciones del hogar de Deodato. Trabaja como topógrafa etérea. El cerebro da una orden al dedo índice, éste consuma el hecho a través del mouse y el movimiento gestado simula ser el mismo que el de la vista. La máquina como extensión de la mujer. Emma gira sobre el ángulo lateral derecho de la casa, en línea recta da con el cuadrilátero verdadero del patio trasero. Entonces se detiene. Algo quimérico en lo que ve le conmueve auditiva y mentalmente, como un ruido neuronal. Se aleja de la pantalla. Visualmente alterada, sus manos temblorosas llevan un Philip Morris hasta la comisura de sus labios y lo enciende.

Lo que parece ser una reja de alambre (Emma pita profundo el cigarrillo, sin dejar de mirar) delimita y enmarca un cuadrado perfecto de aproximadamente cinco por cinco metros (quema fiero el tabaco inicial, inhala). Hay un punto negro en el centro de aquel plano (rápidamente corren por sus venas: nicotina, monóxido de carbono, alquitrán, gas cianhídrico, amonio), un punto azabache, similar a un remolino o a la boca de un huracán (diez segundos le bastan a este cúmulo de químicos para alojarse en el cerebro). No sería tan abominable el punto aquel de no estar circundado por esa guirnalda grisácea que genera arcadas en Emma (los receptores cerebrales de Emma reaccionan ante el combo recién llegado, lanzando olas de dopamina). Un dibujo extraño ahí en la tierra, sobre el que hace

zoom (Ella siente placer, saciando ese morbo conocido como adicción), una impoluta corona oscura que, ante cada ampliación de la imagen, ante cada detenimiento sobre uno de sus márgenes, de sus detalles, se reproduce nuevamente, una vez y otra vez, hasta el infinito.

Nada es perfecto. Hay un límite en el zoom de la aplicación, y Emma fuma y mira en su pantalla el espectro: un espiral perfecto abraza un punto negro que, sobre el patio trasero del rancho de Deodato, mora en su escondite.

Prende un nuevo cigarrillo con los rescoldos del otro. Arde su garganta y mira fijamente la imagen congelada en la pantalla. No piensa en nada, piensa en muchas cosas a la vez y entonces logra nuevamente no pensar en nada.

Un agujero negro en la planicie central de su ser, de sus cuestionamientos. La realidad gráfica de sus paradigmas metafísicos, no, no es eso. No se puede ser tan estúpida, no. Se repone y busca bajo el asiento del acompañante una pala. Da con ella, siente la concavidad de su palma cubrir la madera del mango. Firmemente la toma. Baja del Jeep. Un sol furioso quema los pocos pastos verdes que rodean el árbol viejo. Indaga por el horizonte, entre las mesetas, sin encontrarlo. Da un paso, dos, tres, avanza. Llega al vértice izquierdo de la casona, gira e inicia su desplazamiento por el lateral. Circula pesada, arrastrando los pies, quitándose a soplidos el pelo de la cara, retrasando lo inevitable. Ese inevitable que se gestará cuando llegue al punto en que convergen el final de la casa con el inicio

del patio, la fundición de la chapa con el alambre romboidal, admirablemente trenzado y firme, sobre vigas de metal y arcilla compactada. Tan inevitable como el metro veinte del alambrado y contemplar, desde fuera, un aljibe viejo y pulcro en el centro cuadrangular del patio. Entonces saltar el alambrado resulta inevitable. No pisar aquel dibujo defectuoso, una inevitabilidad total. Dar rienda suelta a desesperados palazos contra el suelo, un irritable y soberano acto inevitable. No se incorpora, Emma no llega a Emma. Algo ha abandonado su razonamiento y ahora se empecina en desdibujar aquel extraño bucle que se comba conforme avanza hacia el aljibe. Hunde la pala punta de corazón y empuja con su borrego, buscando escarbar y quitar lo que percibe como tierra coloreada en gris. Cuanta más escarba más encuentra, al tiempo que la tierra ya removida de su sitio, al juntarse con la otra tierra natural, adquiere el color de ésta. Emma pierde la razón, se deja caer de rodillas y abraza la pala, acurrucándose sobre el suelo. No es la tierra la figura sobre el suelo, no, inevitablemente no. No se puede ser tan estúpida. Hay algo en ese espacio que es un dibujo trazado sobre otro plano, algo que es más que dos y menos que tres. Se podría escarbar hasta el centro de la tierra y ésta no modificaría ni su forma ni su color. Emma llora y su desconsuelo se funde con el aire y, en el aire, pierde la sustancia de los desconsuelos; como esa otra tierra oscura que, al tocar la tierra ordinaria, adquiere pronto el tono inocente de un terruño que es igual a todos. Y en aquel sitio, el llanto de Emma se repite y se transpola en varios planos a la vez.

Un sollozo es emitido por ella y llega hasta los sueños de Carlos, se define en ellos y entonces Carlos despierta. No sabe cómo, solo tiene la certeza de que Emma está mal. En algún sitio Emma está mal.

Descorre las pajas y las pieles de cordero y enfila por la puerta trasera (si es que se admite el llamarle puerta a un cartón corrugado, apenas sostenido por un clavo) hasta el rincón en que la ve. Debe tener compasión, por motivos que desconoce, Carlos debe tener compasión. La abraza, Emma se hace un bollo en su pecho. Se quedan así, en silencio, durante al menos diez minutos. Carlos no pregunta, comprende que algo fuera de su entendimiento ha tomado forma en aquel sitio. En un punto perdido entre la vigilia y el adormecimiento, entre la congoja y el desvarío, evidentemente agotada, Emma se arrima al oído de Carlos y en un hilo de voz le susurra: “Parece que nunca saldrá bien eso de querer redondear números en un resultado”. Acto seguido, se desmaya.

CIERRA PARÉNTESIS

